

Construcción simbólica de los valores institucionales universitarios: núcleo y periferia en estudiantes de Cine

Symbolic Construction of University Institutional Values: Core and Periphery in Film Students

Alejandro
García Soriano¹

Resumen

La teoría de las representaciones sociales ayuda a comprender cómo se construye el significado de los valores en las generaciones actuales, en particular, para el estudio que sustenta el presente artículo: jóvenes estudiantes de Cine de una universidad privada del estado de Puebla. Este enfoque de las representaciones sociales permite determinar una estructura jerárquica respecto a los valores institucionales y ubicar el núcleo central y los elementos periféricos de cada valor. Se utilizó un enfoque cualitativo estructuralista, con cuestionario abierto y una sección de redes semánticas. El muestreo fue no probabilístico, por conveniencia con saturación teórica. Se realizó un análisis de contenido, siguiendo el modelo estructural de Abric. El estudio identificó que el núcleo de la representación social de los valores se basa en una dimensión activa y una dimensión relacional, mientras que los elementos periféricos exponen la existencia de tensiones entre la obediencia normativa y la autonomía ética en diferentes valores. La investigación evidenció que las representaciones sociales de los valores institucionales son dinámicas y desplazan los principios axiológicos institucionales hacia una ética pragmática y situada, lo que muestra una necesidad de renovar las estrategias de formación ética para reforzar la autonomía moral de los estudiantes.

Palabras clave: valores sociales, educación superior, estudiantes universitarios, educación en valores, representaciones sociales.



¹ ISU Universidad/Bachilleratos Generales SEP Puebla. Docente. Maestro. Puebla, México. E-mail: alejandrosoriano@live.com.mx ORCID: <https://orcid.org/0009-0000-8119-5716> Google Scholar: <https://scholar.google.com/citations?user=mqnWtmYAAAAJ&hl=es>



Abstract

The theory of social representations helps to understand how the meaning of values is constructed in current generations, particularly for the study that underpins this article: young film students at a private university in the state of Puebla. Using the approach of social representations allowed us to determine their hierarchical structure with respect to institutional values and to identify the core and peripheral elements of each value. A qualitative structuralist approach was used, with an open-ended questionnaire and a semantic network section. The sampling was non-probabilistic, based on convenience with theoretical saturation. A content analysis was performed, following Abric's structural model. The study identified that the core of the social representation of values is based on an active dimension and a relational dimension, while the peripheral elements reveal the existence of tensions between normative obedience and ethical autonomy in different values. The research showed that social representations of institutional values are dynamic and shift institutional axiological principles toward a pragmatic and situated ethic, highlighting a need to renew ethics training strategies to strengthen students' moral autonomy.

Key words: social values, higher education, university students, values education, social representations.



Introducción

La universidad contemporánea se configura como espacio de convergencia para diferentes dimensiones de la vida social, ética, académica y cultural. Dentro de su espacio, no solo se transmiten saberes, también se educa en lo ético a través de la enseñanza de los valores declarados por la institución, mediante los que busca lograr que las y los jóvenes trasciendan el ámbito académico y se consoliden como referentes éticos y sociales. La representación que los estudiantes tienen de esos valores refleja, a su vez, la construcción de significado que hacen de su experiencia escolar, lo que abre un espacio de discusión teórica y empírica sobre las prácticas educativas y su efecto en la formación de ciudadanos capaces y responsables.

Su abordaje requiere de herramientas teórico-metodológicas que permitan su comprensión y análisis. En este sentido, la teoría de las representaciones sociales propuesta por Moscovici (2001) penetra en la forma en que los individuos transforman la realidad en saberes de uso cotidiano; por lo tanto, las representaciones sociales sobre un concepto se convierten en conocimientos, imágenes u opiniones compartidas que permiten a los integrantes de un determinado grupo social, interpretar dicho concepto dentro de la realidad circundante, sus fenómenos y eventos, y compartir ese saber con otros sujetos, organizando el saber de ese concepto en creencias, ideas, percepciones y categorías.

Abric (2001a; 2001b), quien desarrolla el enfoque estructural de las representaciones sociales, sugiere que están constituidas por un núcleo central (rígido y estable) y definen el significado fundamental

de la representación y un sistema periférico (flexible y dinámico), que se construye desde el contexto inmediato y las experiencias personales. El sistema periférico ancla a la representación a los conocimientos previos del sujeto.

Las representaciones sociales ayudan a comprender el conocimiento de sentido común de los estudiantes, conocimiento que utilizan para interpretar, juzgar y aplicar los valores y principios éticos que las instituciones educativas intentan transmitirles, cuando asumen la tarea de formar profesionales competentes, pero también ciudadanos críticos y éticos. El compromiso de las universidades se articula mediante un conjunto de valores institucionales que se constituyen en pilares de su horizonte estratégico.

El papel de las universidades en la formación ética y de valores toma relevancia especial en un contexto como el mexicano, donde los desafíos sociales, políticos y culturales que atraviesa el país dictan el día a día e influyen en la toma de decisiones de los sujetos. La desigualdad, la violencia, la crisis de confianza en las instituciones; y en el microcosmos de los jóvenes, la precariedad laboral, demandan nuevas formas de educar en lo ético, que sean capaces de generar sujetos comprometidos con su entorno. La transmisión de valores como la justicia, el respeto, la equidad o la responsabilidad deben dejar de ser una tarea normativa para convertirse en una estrategia de resistencia ante las dinámicas sociales que debilitan la cohesión comunitaria.

En las últimas décadas se han realizado diversos estudios sobre valores en la educación superior, algunos de estos abordan la jerarquía axiológica de los estudiantes (Quijano, 2015), otros se centran en la influencia de los docentes

en la transmisión de valores (Luna, Coffin y Anguiano, 2014; Castro y Díaz, 2015), o en las percepciones y particularidades éticas en diferentes disciplinas (Palomer y López, 2016; Álvarez, 2015). Estas investigaciones reafirman el papel de las universidades en la transmisión consciente de las implicaciones éticas en la formación de estudiantes y profesionales preocupados de su ejercicio profesional. Por otro lado, estas aproximaciones solo abordan el fenómeno desde su carácter normativo, partiendo del supuesto de que los valores son principios universales que tienen que ser transmitidos e interiorizados por parte de los estudiantes, sin detenerse en contemplar la reinterpretación y resignificación que los jóvenes hacen de ellos en su práctica diaria.

Para llenar este vacío se retomó el estudio de los valores y la enseñanza ética en las universidades, esta vez desde las representaciones sociales. Partiendo de los principios establecidos por esta teoría, los valores no son solo normas abstractas, sino construcciones simbólicas compartidas por el grupo, construcciones que, al ser producto de un proceso de anclaje y objetivación, permiten a cada individuo dotar de significado su experiencia para con el objeto de la representación y orientar la práctica, en este caso, de los valores dentro del contexto en el que han crecido. El enfoque de las representaciones sociales brinda una vía para comprender cómo los estudiantes se apropian, cuestionan o, incluso, resisten ante los valores institucionales.

Entre los vacíos persistentes en la literatura sobre la relación entre los valores institucionales y las representaciones sociales de los estudiantes, se encuentra una marcada concentración en

universidades públicas de gran tamaño, dejando casi inexplorado el ámbito privado de alcance regional, donde las dinámicas y las condiciones de interacción presentan características propias. Por otro lado, los enfoques predominantes privilegian las metodologías cuantitativas que permiten identificar tendencias generales, pero limitan la comprensión a profundidad de los significados que se atribuyen a los valores en el marco de lo personal y lo académico. Finalmente, las categorías axiológicas de los estudios existentes son muy amplias, sin vincularlas explícitamente a los valores de cada institución.

Dado que la coherencia entre el discurso institucional y la experiencia estudiantil en torno a los valores es un indicador de la eficacia de los proyectos educativos, rellenar las lagunas teóricas y empíricas existentes se vuelve imprescindible. Si los valores declarados y la práctica y vivencias del estudiantado no son congruentes, se fractura el sentido de pertenencia y se limita el impacto transformador de la universidad. Por el contrario, cuando los valores se internalizan y resignifican de forma positiva, la cohesión comunitaria y la capacidad de desarrollo del sujeto como ser social salen fortalecidas.

El presente artículo atiende este vacío a partir de un estudio realizado en una universidad privada de la ciudad de Puebla, institución con carácter regional que declara explícitamente como valores institucionales la compasión, la equidad, la gratitud, la justicia, la resiliencia, el respeto y la responsabilidad. Estos principios que son su marco de referencia normativo, pero también la base para proyectar la identidad institucional y la definición de sus políticas educativas. Comprender la forma

en que los valores son vividos y significados por el alumnado es un desafío abierto que requiere ser respondido a partir de las voces de los mismos, que constituyen y construyen con su paso, a la comunidad universitaria.

El estudio se centró en estudiantes de carreras relacionadas con el cine y la producción cinematográfica, programa académico cuyas particularidades hacen que este segmento sea relevante para el análisis. Se trata de una disciplina fuertemente vinculada con la creatividad, la innovación y la expresión cultural, por lo que sus estudiantes suelen tener esquemas de valores que dialogan entre la sensibilidad artística y la responsabilidad social de sus creaciones. En segundo lugar, al ser uno de los programas más jóvenes dentro de la institución, permite explorar cómo se han insertado los valores institucionales entre los jóvenes de un campo académico en consolidación. En tercer lugar, la pertenencia a la generación Z condiciona la forma en que los estudiantes interpretan, significan e, incluso, confrontan los valores que promueve su institución.

La investigación, en su carácter cualitativo, estuvo sustentada en cuestionarios abiertos con espacio para el análisis de contenido y de los campos semánticos de las representaciones objetivo. Esta postura ayudó a identificar cuál es la estructura jerárquica de las representaciones sociales de los valores de la institución. El análisis mostró matices producto de circunstancias y escenarios individuales y contextuales que afectan la interpretación que hacen los estudiantes respecto de los valores. Por su parte, la metodología permitió reconocer puntos de convergencia y divergencia entre la retórica de la institución y las representaciones que hacen los

estudiantes. Estas discrepancias o concurrencias tienen la intención de proponer recomendaciones concretas para el fortalecimiento de las estrategias de formación ética en la universidad.

Se identificó que el alumnado no se apropia de los valores institucionales de forma pasiva; en su lugar, los reinterpretan en el marco de sus propias experiencias, expectativas y aspiraciones, así como a consecuencia del contexto en el que ocurren. Si bien, algunos valores como el respeto y la responsabilidad aparecen clara y marcadamente anclados a la práctica cotidiana, otros como la resiliencia y la gratitud se cuestionan constantemente y se resignifican a la vista de sus propias historias y las narrativas que de estas hacen, reflejando, de esta manera, tensiones entre el discurso institucional e incluso propio y la vivencia de cada valor. Las tensiones descubiertas no son un fracaso; por el contrario, emergen como un espacio para abordar y repensar las estrategias para la transmisión de valores, construyendo como resultado un diálogo entre institución y estudiantado.

El presente artículo tiene como objeto ofrecer una aproximación empírica al estudio de los valores institucionales de una universidad privada del estado de Puebla, con lo que se generarán insumos para diseñar políticas educativas efectivas para la formación axiológica, desde la voz de los estudiantes y a la vista de las brechas surgidas. Así mismo, se pretende subsanar los vacíos identificados en la literatura, gracias al análisis de las representaciones sociales de los valores en un contexto institucional, aportando a la comprensión del abordaje teórico de la enseñanza en valores desde la postura de las nuevas generaciones de adultos.

En última instancia, la comprensión del significado de la postura axiológica institucional, desde la experiencia de la trayectoria universitaria estudiantil, constituye un paso esencial para la consolidación de universidades éticas y socialmente responsables. La transmisión de valores, observada desde la teoría de las representaciones sociales, pasa de ser un proceso unidireccional y se convierte en una construcción colectiva, en la que el significado y el sentido se negocian y se redefinen mutua y constantemente. Este enfoque ayuda a repensar la universidad como un espacio para el diálogo ético en donde, una vez más, sea posible cuestionar el estatus quo y transformarlo mediante la crítica y el desarrollo individual.

Materiales y métodos

A continuación, se detalla la estrategia metodológica implementada para el abordaje de las representaciones sociales de los valores institucionales. Se describe el sustento teórico-metodológico y el diseño de la investigación, la delimitación del universo de estudio, las características de la muestra y el instrumento utilizado para recolectar los datos, así como su procedimiento para el diagnóstico del contenido léxico.

Sustento metodológico y diseño: el estudio del que parte este artículo adoptó un diseño cualitativo, descriptivo y estructuralista, enfocado en el análisis de las representaciones sociales de los valores institucionales. Se partió del modelo estructural de Abric (2001a; 2001b), que pone el foco en la organización jerárquica del contenido representacional.

Participantes y muestra: el universo de estudio se circunscribió a estudiantes de carreras de cine y producción cinematográfica de una universidad privada del estado de Puebla, que estudian entre segundo y octavo semestre. El muestreo fue no probabilístico por conveniencia, se llegó al tamaño final de la muestra considerando como criterio la saturación teórica (Ardila y Rueda, 2013).

Instrumento de recolección: se utilizó un cuestionario abierto en línea con cuatro secciones. Su diseño se utilizó para obtener el contenido léxico de la representación social y la organización jerárquica del campo representacional. Para el presente artículo se usaron los datos de la Sección 2, en la que se pidió a los estudiantes que identificaran un mínimo de seis y un máximo de diez palabras que, a su parecer, definieran cada uno de los valores institucionales.

En cuanto al proceso de análisis, este se llevó a cabo en dos niveles, cumpliendo así con la aproximación *multimetodológica* del enfoque estructuralista:

- Nivel cuantitativo básico a través del análisis de la frecuencia léxica. Se realizó el procesamiento del corpus textual de las palabras que definen cada valor. Se realizó la limpieza léxica eliminando los artículos, preposiciones y otros conectores; así mismo, se realizó una normalización de respuestas al unificar los sinónimos y variantes de la misma raíz. El conteo resultante permitió la identificación de los elementos más frecuentemente asociados al campo semántico de la representación (Cavazos, 2017).

- Nivel cualitativo interpretativo a través del análisis del contenido estructural. Utilizando el léxico más frecuente, se analizó su contenido para organizar las palabras en dimensiones temáticas con sentido (Mijangos, Vázquez y Torres, 2020). Esta interpretación permitió: 1) identificar los elementos más estables, consensuados y organizadores de la representación que conforman el núcleo central; y 2) identificar los elementos funcionales y flexibles que conforman el sistema periférico y anclan y dan contexto a la representación; y 3) ayudó a determinar las tensiones conceptuales o ambigüedades dentro de la representación.

La validez epistémica se garantizó a través del uso riguroso del marco teórico estructural de Abric, mientras que la validez semántica se aseguró dando prioridad a la voz de los sujetos que formaron parte del proceso de reconstrucción de las narrativas.

Resultados

El análisis estructural de las representaciones sociales para cada uno de los valores institucionales reveló un patrón consistente en donde el núcleo central está definido por la capacidad de acción y la ética relacional. Por su parte, el sistema periférico da contexto y, en condiciones idóneas, tensiona el significado entre obediencia normativa y autonomía individual consciente. A continuación, se presenta la estructura identificada para cada valor.

Compasión

El núcleo central se establece entorno al concepto empatía, entendida como la capacidad cognitivo-afectiva de “estar en los zapatos del otro”. Conlleva la capacidad de sentir, entender y actuar ante el sufrimiento del otro, más allá de una lástima pasiva. A partir de este núcleo se desprenden los elementos que definen la compasión como un valor que se traduce en acciones solidarias (ayuda, apoyo...) y conexiones emocionales (amor, amabilidad...). Este sistema periférico plantea la compasión como concepto vivido, sentido y compartido, dándole cuerpo, acción y conexión al núcleo representacional. Por otro lado, la representación de la compasión es predominantemente altruista, requiere de acciones concretas para que el valor se considere válido, superando un mero sentimiento de pena o aflicción por el otro.

Equidad

La equidad está configurada desde un núcleo binario que intenta conciliar dos principios éticos: universalidad y contextualización. Las palabras clave del valor son: igualdad, justicia e imparcialidad. El principio se entiende como “dar a cada quien lo que le corresponde”, una visión desde la justicia distributiva que se establece como eje nuclear.

La equidad también se entiende como justicia contextual, en la que se ajusta la idea de la igualdad numérica a las necesidades reales. El sistema periférico está constituido por las palabras

“oportunidades, necesidades, inclusión, respeto, balance y ayuda”. Esta periferia traduce los principios del valor en acciones pragmáticas y distributivas, que ofrecen oportunidades y auxilio al otro desde sus necesidades y la diversidad de las personas.

La comprensión de la equidad se aleja de la igualdad numérica y se ancla dentro de la justicia contextual, exponiendo cierta sensibilidad ante la desigualdad social estructural.

Gratitud

El núcleo de la gratitud es mayormente de tipo cognitivo-moral y afectivo-relacional, construido a partir del agradecimiento, el reconocimiento, el aprecio y la valoración. La gratitud es representada como un proceso bidimensional: reconocimiento consciente de lo recibido (nivel cognitivo-moral) y una expresión explícita del aprecio (afectivo-relacional). Así, surge la valoración consciente del acto o favor de la otredad. El sistema periférico se construye desde los conceptos: humildad, generosidad, respeto, ayuda, alegría y felicidad.

En este nivel, la gratitud se significa como una virtud activa y humilde vinculada con el bienestar emocional (alegría, felicidad) y se entiende como reciprocidad social (generosidad, ayuda) y madurez moral (humildad, respeto). La tensión en la comprensión de los valores surge al concebir la gratitud como un regulador emocional positivo, fundamental para que exista paz interior. De esta forma se desplaza de su carácter de una cortesía social limitada hacia un valor de autorregulación personal.

Justicia

Este valor se organiza en un núcleo que mezcla el principio ideal con un marco normativo, expresado en los conceptos de igualdad, equidad, imparcialidad, verdad y legalidad. El núcleo central de la justicia expone un equilibrio distributivo entre la igualdad y la equidad, pero cuya ejecución debiera ser imparcial y fundamentada en hechos objetivos (verdad) y enmarcado por la norma y la legalidad.

El sistema periférico se construye a partir de conceptos como honestidad, respeto, derecho, razón, castigo y sanción. Se divide en dos tipos de soportes: uno ético-caracterológico relacionado con la honestidad y la razón, y el segundo funcional. El hecho de que haya una mención continua al castigo y a la sanción exhibe una dimensión marcadamente punitiva y retributiva.

Existe una impronta punitiva de la representación en la dualidad castigo-sanción, que desplaza la justicia restaurativa y preventiva y expone una tensión entre la justicia formal (legal) y la justicia aplicada (razón).

Resiliencia

El valor resiliencia se interpreta como una capacidad de ajuste activo que demanda transformación. Su núcleo se entiende a partir de la adaptación, la fuerza, la fortaleza, la perseverancia y la superación. El eje de la representación la expone como una capacidad dinámica y transformadora, cuya adaptación activa al cambio es sostenida por

la perseverancia y la fuerza interior, convirtiendo el obstáculo concreto en aprendizaje y crecimiento que se traduce en superación.

Los elementos del sistema periférico transitan entre la resistencia, el aprendizaje, el “aguante”, la valentía y el optimismo. Este sistema incluye un componente cognitivo-didáctico relacionado con el aprendizaje, y otro volitivo-emocional anclado en la valentía y el optimismo. La idea de “aguantar-soportar” (mencionada de forma regular), revela un componente de contención emocional.

Los jóvenes ponen un énfasis excesivo en “aguantar/soportar” y en la “fuerza individual”, por lo que el balance de la dimensión relacional (a través de redes de apoyo) y el autocuidado derivan en la normalización del sufrimiento y en una autoexigencia excesiva.

Respeto

El respeto está configurado, en las construcciones simbólicas del alumnado, como un valor relacional y humanista, basado en la dignidad de la otredad. Su núcleo central se exterioriza a partir de las palabras “tolerancia, empatía y dignidad”. El respeto es el reconocimiento de la dignidad intrínseca de los individuos, que se traduce en tolerancia y empatía como comprensión del otro, por lo que exige una base moral y universalista que le sostenga.

Por su parte, el sistema periférico está conformado por la consideración, aceptación, cortesía, amabilidad e igualdad. Este sistema es fundamentalmente cívico-comportamental, expresado en la cortesía, el trato y los modales; detallando así la forma en que el respeto se manifiesta en la interacción del día a día. Por otro

lado, el respeto también demanda una dimensión ética de dignidad e igualdad.

Persiste una tensión representacional entre el respeto como un valor interiorizado que conlleva empatía y dignidad, y el respeto como una etiqueta social limitada a las buenas maneras, la cortesía y los modales; pero también como una mera obediencia jerárquica y contraprestación expresada en frases como “solo respeto a quien me respeta”.

Responsabilidad

El núcleo de este valor está asentado sobre la ética del cumplimiento y la conciencia personal, se muestra en la noción de compromiso, cumplimiento, deber y conciencia. La responsabilidad es el cumplimiento efectivo de deberes y compromisos adquiridos, mismos que se sostienen por la conciencia de las consecuencias de los actos u omisiones. Este valor vincula la acción externa con la reflexión interna, esta última en un nivel de autorregulación.

Los elementos periféricos surgen de la disciplina, la honestidad, la madurez, la puntualidad, la asunción y las consecuencias. Esta periferia permite instrumentalizar la responsabilidad a través de hábitos observables concretos como la disciplina y la puntualidad, al mismo tiempo que se vincula con una dimensión psicológica sostenida en conceptos como madurez y honestidad.

Idealmente, la responsabilidad se representa como un valor de autogestión individual, pero que exhibe tensión entre la autonomía ética y la visión productivista con énfasis en la eficiencia, el trabajo y el orden. La dimensión social y de bien común está subrepresentada, lo que sugiere una internalización individualista atada a una lógica de

hechos-asunción-consecuencias, que refuerza la rendición de cuentas desde lo normativo.

Discusión

Los resultados confirman el supuesto de que los valores institucionales son resignificados por el alumnado y se reconfiguran como representaciones sociales dinámicas ajustadas a una ética pragmática, relacional y orientada a la acción.

El núcleo central, identificado con la empatía activa, la justicia contextual, el cumplimiento consciente, la adaptación con aprendizaje y el reconocimiento de la dignidad del otro, hace evidente que los jóvenes no asumen los valores como principios abstractos, sino como motores de comportamiento con una impronta relacional: la compasión no es solo lástima, es ayuda; la gratitud es reconocimiento que genera bienestar personal y reciprocidad dentro del contexto social.

Esta visión ética, orientada a la praxis, coincide con los enfoques contemporáneos sobre la enseñanza ética y su vinculación teoría-acción-experiencia, que abogan por integrar la formación ética con el desarrollo personal y profesional (formación integral), al tiempo que la educación se vincula con la responsabilidad social (Esteban y Buxarrais, 2004; Lúquez, Fernández y Bustos, 2014).

Sin embargo, el sistema periférico, como la porción flexible y contextual de la representación social, desvela tensiones y vacíos entre el discurso institucional, la significación y el ejercicio de los valores. Las estructuras representacionales son sólidas, pero caracterizadas por una dualidad constante, por un lado, desde una comprensión profunda de los valores en su dimensión relacional

y humanista y, por el otro, al hacerse patente una tendencia a la externalización normativa de la conducta ética, orientada por la aprobación social más que por una convicción moral autónoma.

Tensión entre internalización y performatividad ética

La disonancia expone una ética manifiesta más como un acto socialmente esperado que como un ejercicio reflexivo interiorizado, en consecuencia, los valores institucionales tienden a funcionar como códigos de “comportamiento aceptable” dentro del espacio universitario, una especie de guion moral al cual ceñirse para mostrarse correcto ante los otros, pero cuya apropiación consciente y deliberativa es parcializada. Estos hallazgos son coincidentes con la noción de una ética complaciente, una construcción moral adaptativa que reproduce los patrones normativos institucionales, pero que no los cuestiona y, mucho menos, los hace propios (Reyes y Vázquez, 2020).

La estructura del sistema periférico refleja estas tensiones: en valores como la justicia y la responsabilidad, el énfasis está puesto en el castigo, la puntualidad o la eficiencia, revelando una ética del cumplimiento, para la cual, la moralidad se mide por su adhesión a la norma más que por la reflexión sobre su sentido. Mientras que otros valores como la compasión, el respeto y la gratitud expresan una disposición relacional coherente con una ética del reconocimiento, donde la vivencia ética está ligada a la reciprocidad y a la validación externa, expuesta en frases como “respeto a quien me respeta”, manifestando un desplazamiento de la autonomía moral hacia una ética condicionada por la mutua aceptación.

La herencia de una moral heterónoma

La presencia de rasgos heterónomos como la obediencia, la aprobación y el cumplimiento, sugiere que la significación de los valores está anclada en modelos tradicionales que privilegian la disciplina y la conformidad ética sobre la crítica y la autorregulación, o bien, la autorregulación, por compleja, es menospreciada frente a las alternativas. Se observa la existencia de una herencia cultural y pedagógica que perpetúa una visión moralista de la reproducción del discurso institucional, sin llegar a la problematización, reproduciendo y ampliando la brecha entre el deber ser normativo y el ser ético reflexivo.

Desde la teoría de las representaciones sociales, esta brecha muestra que el anclaje de los valores aún se realiza desde sistemas previos de creencias normativas, mayormente familiares, escolares y mediáticas, lo que evita una adecuada objetivación de carácter transformador que sea verdaderamente efectiva (Moscovici, 2001). El alumnado identifica y reconoce los valores y su significado, pero lo hace desde la convencionalidad y a partir de una estructura moral que no ha sido sometida a la apropiación crítica desde el “yo”. Es decir, la ética universitaria corre el riesgo de terminar como una postura moral puramente instrumental, donde los valores son estimados en función de la utilidad que demuestran para la subsistencia personal y la convivencia dentro y fuera de la institución, en lugar de orientarse a partir de una vivencia ética extendida y plenamente internalizada.

Este fenómeno se ha acentuado en épocas recientes como consecuencia de la influencia que

ejerce la cultura digital en la significación de la realidad percibida, y por la búsqueda incesante del reconocimiento social como forma de validación de los actos morales. La generación actual ha crecido en un entorno en donde el comportamiento ético también se mide en función de la visibilidad que provee y de la aceptación que reciben en sus redes personales. Esto último traslada el juicio ético desde el interior hacia la *espectacularización* de la virtud. En consecuencia, la práctica ética se confunde con la puesta en escena de lo moralmente correcto, tensionando la formación ética institucional, la cual debería orientarse en el desarrollo de la conciencia y no en la reputación.

Hacia una ética dialógica y autónoma

La institucionalidad se enfrenta a un desafío formativo crucial: la transformación de la ética normativa en una ética dialógica, en la que los valores dejen de prescribirse y se construyan en lo colectivo desde la reflexión, el conflicto y la experiencia. Tal objetivo exige que se desplace la enseñanza ética desde la instrucción hacia la deliberación crítica, donde el estudiante confronte dilemas, priorice deberes y negocie la significación ética en lo social y siga la línea del deber *prima facie* de Ross (1994).

Para lograr una moral internalizada de forma auténtica, la universidad debe crear espacios para la reflexión y convertir las tensiones entre obediencia y autonomía en procesos productivos, no disfuncionales ni parcializados. La formación ética universitaria debe transitar de un discurso normativo vertical a un proceso horizontal dialógico de co-creación ética. De esa forma, los valores

pueden funcionar como guías de acción consciente en lugar de quedar solo como indicadores de conformidad institucional.

Es imprescindible, en esta situación, que la institución universitaria reconozca el papel del entorno emocional y social en la vivencia ética. En valores como la resiliencia y la responsabilidad, la reconfiguración debe incluir dimensiones para el cuidado, la empatía y el apoyo mutuo, en contraposición con el refuerzo lógico individualista de autoexigencia y rendimiento. Este desplazamiento conceptual favorece tanto la salud mental del alumnado como la comprensión humana y sostenible de una ética profesional duradera.

En última instancia, la discusión de los hallazgos desde la perspectiva de la educación ética deja en evidencia la tensión fundacional entre ética de cumplimiento y ética de conciencia. La primera asegura orden y previsibilidad, la segunda favorece la autonomía y la transformación moral en lo social. El reto para la institución va más allá de solo eliminar la tensión, requiere de la gestión pedagógica para convertirla en un mecanismo para la evolución ética de los jóvenes, desde la construcción ética institucional.

Conclusiones

El análisis de las representaciones sociales de los valores de una institución de educación superior deja ver un panorama complejo y revelador, uno en el que los estudiantes no son moralmente indiferentes; en su lugar, poseen una estructura representacional activa que ayuda a reconocer la relevancia de los valores para su vida personal y académica, pero que, al mismo tiempo, está mediada por una distorsión

normativa que esclarece la comprensión de los valores y los concreta en actitudes y conductas observables y socialmente aceptadas, más allá de los procesos de autorreflexión y transformación interior del “yo”.

La internalización ética se ha ido desplazando hacia la aceptación performativa; es decir, se actúa “éticamente” no por convicción, sino por dar cumplimiento a las expectativas sociales e institucionales. La dinámica resultante, si bien es funcional para la convivencia, establece límites al desarrollo de una ética crítica y autónoma, dejando a los valores en calidad de *marcadores de pertenencia* y no en principios de acción moral. Para superar la tensión en la construcción simbólica de los valores institucionales, es necesario que la enseñanza ética en la universidad transite hacia un modelo de internalización consciente, en el que el estudiantado aprenda lo que se considera correcto y, al mismo tiempo, aprehenda y comprenda por qué es correcto y en qué contexto se puede cuestionar e reinterpretar. Para lo cual, es necesario contar con estrategias pedagógicas basadas en la reflexión crítica, la argumentación moral y la deliberación colectiva.

Por su parte, la universidad debe revisar su contribución en la reproducción de una ética complaciente. Si los valores son percibidos solo como enunciados normativos desvinculados de la práctica, su legitimidad simbólica se amortigua. La coherencia entre el discurso y la acción institucional es imprescindible para que los jóvenes puedan anclar la representación de los valores institucionales en experiencias reales de justicia, respeto y responsabilidad social. De lo anterior, se plantea que fortalecer una ética universitaria

auténtica requiere tres modificaciones relevantes interdependientes:

1. Pasar de la heteronomía a una autonomía moral, al proponer la reflexión sobre los valores como una elección consciente y no como mandatos externos.
2. Orientar la corresponsabilidad social y superar la simple obediencia normativa, para ello, se debe desplazar la responsabilidad del individuo aislado hacia una ética compartida, en constante construcción y resignificación, dentro de la comunidad universitaria y de sus vínculos sociales.
3. Convertir la ética del rendimiento a una ética del cuidado, sustituyendo la autoexigencia regulada por una práctica ética que tome en consideración la vulnerabilidad del otro y del “yo”, el apoyo mutuo y la empatía como virtudes contemporáneas.

Esta visión refuerza la idea de que la universidad no se puede limitar a la transmisión de valores, sino que debe facilitar la construcción significativa continua, dando acompañamiento a los estudiantes en su travesía de la obediencia a la convicción, de la normatividad a la conciencia y de la conducta performativa al compromiso ético interiorizado.

En síntesis, las tensiones observadas no son un signo de fracaso moral, sino síntomas de la transición que vive la generación universitaria actual. Los jóvenes se encuentran en un proceso de redefinición de lo ético para así articular autonomía con pertenencia y libertad con responsabilidad. El papel de la institución de educación superior debe ser guiar y acompañar esa evolución, ayudando a

reconocer que, a través del diálogo, la coherencia institucional entre discurso y acción, amén de la experiencia compartida, se logre una formación ética genuina, crítica y comprometida socialmente.

Referencias

- Abrić, J. (2001a). Introducción. En J. Abrić, *Prácticas sociales y representaciones* (pp. 7-9). Ediciones Coyoacán, S. A. de C. V.
- _____. (2001b). Las Representaciones Sociales: Aspectos Teóricos. En J. Abrić, *Prácticas sociales y representaciones* (pp. 11-32). Ediciones Coyoacán.
- Álvarez, A. (2015). *Los valores de la ética profesional en los estudiantes de la carrera de Cirujano Dentista. Estudio de caso*. [Tesis para obtener el grado de Doctorado]. Universidad Nacional Autónoma de México. Facultad de Estudios Superiores Aragón.
- Ardila, E. E. y Rueda, J. F. (2013). La saturación teórica en la teoría fundamentada: su delimitación en el análisis de trayectorias de vida de víctimas del desplazamiento forzado en Colombia. *Revista Colombiana de Sociología*, 36(2), 93-114.
- Castro, D. y Díaz, M. (2015). Valores sociales y métodos de enseñanza: lo que deben mejorar los docentes universitarios desde la visión de los estudiantes. *Humanidades Médicas*, 15(3), 582-602.
- Cavazos, J. L. (2017). *Representaciones sociales y metodología estadística*. *Humanitas Ciencias Sociales*. Anuario del Centro de Estudios Humanísticos, Universidad Autónoma de Nuevo León.

- Esteban, F. y Buxarrais, M. (2004). El aprendizaje ético y la formación universitaria: más allá de la casualidad. *BIBLID*, 16, 91-108.
- Luna, A., Coffin, N. y Anguiano, S. (2014). Percepción de valores éticos en la formación de psicólogos. *Revista Electrónica de Psicología Ixtacala*, 17(3), 997-1016.
- Lúquez, P., Fernández, O. y Bustos, C. (2014). Formación ética del estudiante universitario socialmente responsable. *Omnia*, 20(2), 120-134.
- Mijangos, K., Vázquez, N. y Torres, M. (2020). Epistemología y metodología de las representaciones sociales para estudios sobre salud y enfermedad. *Antropología Experimental*, 181-198.
- Moscovici, S. (2001). *Social Representations*. New York University Press.
- Palomer, L. y López, R. (2016). Medición de los valores éticos y morales enseñados en la carrera de Odontología de la Pontificia Universidad Católica de Chile, desde la apreciación docente. *Fundación Educación Médica, FEM*, 19(2), 77-84.
- Quijano, D. (2015). *Percepciones sobre valores en estudiantes universitarios del estado de Yucatán*. [Tesis para obtener el grado de Doctorado] (Sin publicar). Universidad de Granada.
- Reyes, V. y Vázquez, E. (2020). Formación ética en estudiantes Universitarios. *Revista Realidades*, 16(21), 83-100.
- Ross, D. (1994). *Lo correcto y lo bueno*. Sígueme.